

www.elboomeran.com

# Los jardines estatuarios

## JACQUES ABEILLE

narrativa **sextopiso**



# Los jardines estatuarios

JACQUES ABEILLE

TRADUCCIÓN DE LLUÍS MARIA TODÓ



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Les jardins statuaires*

Copyright: © 2010 Éditions Le Tripode, Paris – France  
Publicado por intermediación de Mon Agent et Compagnie  
6 rue Victor Hugo – 73000 Chambéry – France

Primera edición: 2014

Imagen de portada  
© FRANÇOIS SCHUITEN

Traducción  
© LLUÍS MARIA TODÓ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2014  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
GRAFIME

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-15601-65-4  
Depósito legal: M-11784-2014

Impreso en España

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la  
Embajada de Francia en México/IFAL y el Institut Français.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta  
publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no  
es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

A Jean Ellul

¿Estamos lo bastante atentos? Cuando un gran árbol ennegrecido de invierno se yergue de pronto ante nosotros y lo evitamos por miedo al presagio, ¿no conviene más detenerse y seguir uno a uno sus ramajes extendidos que rasgan el horizonte y trazan mil direcciones sobre el vacío del cielo? ¿No hay que apegarse a los montones blanquecinos de la roca desnuda que asoma en una tierra áspera? ¿Estar atento también a los pliegues friables de los esquistos? ¿Y preguntarse largo rato ante una viga roída que alguien bajó del techo y dejó tirada entre las zarzas, preguntarse sobre la ruta de los insectos comedores de madera que siguen imperceptibles venas y dibujan como el reverso de un cuerpo desconocido en la masa opaca?

Es el vacío por todas partes lo que labra y juega a circundar y cava lentamente las líneas de la mano de la tierra. Las redes se anudan, se superponen, se borran. Los signos pululan. Hay que abismar la mirada.

Pero hay otras regiones por venir. Habrá países.

Vi grandes campos de invierno cubiertos de pájaros muertos. Sus rígidas alas trazaban en el infinito surcos indescifrables. Se hizo la noche.

Había entrado en la provincia de los jardines estatuarios.

No hay ciudades, aquí, sólo caminos amplios y austeros, bordeados de altos muros dominados aún por negras frondosidades. Cada comunidad vive replegada sobre sí misma en su morada, en el corazón del dominio. Aquí y allá, al azar según parece, se divisa un tejado oscuro e inclinado. De vez en cuando se pasa por delante de una puerta que es como un accidente en el muro y siempre permanece cerrada.

Pocos son los viajeros. Hay caminos, pero nadie pasa por ellos. No me refiero a los arrieros con sus pesados carros de ruedas de madera maciza. Ésta es una carga que corresponde a los jardineros, que la realizan por turnos. Primero creí que el país sólo contaba con tres o cuatro albergues vetustos, destaralados, cuya silueta imponente debía de surgir en alguna encrucijada abandonada. En uno de ellos me alojaba yo, y según éste juzgaba los demás. No hallaba en él ninguna comodidad. Había que lavarse en el patio. El retrete no eran más que un cobertizo incalificable. La comida era escasa y se tomaba en una sala grande y siniestra. La habitación era incómoda, estaba míseramente iluminada y por la noche oía las ratas arañando las baldosas con las uñas. Y sin embargo me quedé en ella. Allí fue a buscarme una mañana aquel a quien a partir de ahora designaré como mi guía.

Yo estaba desayunando en el comedor de la planta baja. Había un hombre apoyado en el mármol que bordeaba una de las paredes. Sorbía a pequeños tragos un vaso de vino blanco. Yo conocía aquel vino. Era de esos que dan dentera y crispan los nervios. Después de tomar unos sorbos de ese brebaje, uno siente como unas estrías corriéndole a flor de piel. Aquel hombre me estaba mirando. Después vino hacia mí: su silueta, que vi perfilarse a contraluz, era alta y enjuta. Cuando se apoyó en la mesa en que yo comía para mirarme más de cerca, comprobé que tenía las manos rudas, atrapadas en una red de fuertes venas, y los ojos de una extrema palidez.

—¿Está usted de paso? —me preguntó con voz pausada y precavida.

Y quedé sorprendido por aquella cortesía, que no armonizaba mucho con su aspecto, que me había parecido provocador.

—Sí, estoy de paso, pero... —Y tracé un gesto vago, al no saber muy bien cómo explicar mi estancia.

—¿Desea hacer una visita, caballero? Para mí sería un placer guiarle.

—¿Y qué puede visitarse aquí?

—El país, todo el país.

Él también levantaba el brazo, extendía la mano y parecía envolver con un mismo movimiento los recintos de altivas murallas, los árboles secretos y el laberinto de caminos que se arremolinaba entre las parcelas. Su gesto lo había apartado de mí. Con el brazo caído, miraba fijamente y en silencio el rectángulo de claridad vaga e intensa por el que la sala se abría al exterior. Volvió a ponerse frente a mí.

—Tal vez ignore usted que en nuestro país cultivamos estatuas.

Nos pusimos en camino en cuanto hube terminado la taza de café. No sabía qué había conducido a aquel hombre hasta mí. No parecía animarlo ningún móvil interesado. Era poco probable alguna connivencia entre él y el hospedero. Visiblemente sentía hacia el dueño de la fonda una especie de desprecio que

trataba de disimular. El otro parecía temerlo; y las pocas veces que quise interrogar a aquel hombre taciturno sobre mi guía, él respondió invariablemente a todas las preguntas que le hice con una especie de exclamación vaga:

—Ah, ése...

Y no pude sonsacarle nada más.

Aquella mañana, después de algunos pasos, mi guía esbozó el gesto de agarrarme del codo como para conducirme con mayor seguridad, pero su mano volvió a caer. Apenas me había rozado.

—No voy a decirle nada, para empezar. Primero hay que ver —declaró, como para reafirmarse en una decisión que acababa de tomar en aquel momento.

Durante un buen rato, por la mañana, seguimos la carretera, en la que resonaban nuestros pasos. Yo aspiraba feliz el aire nuevo, la luz vibrante. No hablábamos, porque así lo habíamos convenido, pero sentíamos nuestra mutua presencia y cada uno, oscuramente, calibraba la franqueza del paso de su compañero. Yo estaba un poco turbado por el ritmo de mi vecino. Su zancada era la de un campesino acostumbrado a los espacios abiertos, pero se mezclaba en ella cierta soltura mesurada que daba fe, como si de un vestigio enterrado bajo antiguas prácticas se tratara, de una aristocracia lejana o mantenida en secreto. Yo trataba de adaptar mi paso a aquel andar familiarizado desde antiguo con el terreno y, cuando casi lo estaba consiguiendo, él se detuvo. Estábamos ante la puerta de un dominio. No había floritura alguna en el arco de medio punto, tan sólo la piedra desnuda en su fuerte curvatura y, dentro del marco, los dos batientes de piezas estrechamente unidas y hechas con una madera de una rudeza igual a la de la piedra. Mi guía tomó un pomo de hierro oscuro que colgaba del extremo de una cadena, tiró una sola vez y esperó. El tiempo me pareció notablemente largo antes de que el eco de una campana nos llegara a través de los espesos follajes que se extendían sobre nuestras cabezas. Presentí que aquel dominio



en el que tal vez íbamos a entrar debía ser extenso, mucho más de lo que me había imaginado. Desde fuera, la importancia de los muros siempre resulta engañosa. A menudo magnifican los lugares a los que no podemos acceder; a veces ahogan las dimensiones que la imaginación presta a los espacios que encierran. Permanecemos largo rato inmóviles, uno al lado del otro, frente a aquella puerta. Y después, imperceptiblemente, y en medio de un gran silencio, uno de los batientes empezó a abrirse, deslizándose hacia atrás tan despacio que sentí una especie de vértigo, como si acabara de asomarme al umbral de una sima. Un hombre apareció ante nosotros. A primera vista reconocí que era de la misma raza que mi guía. Al llevar la misma ropa —pantalones de campesino grises con finas rayas, chaqueta negra, amplia camisa sin cuello— el parecido se acentuaba aún más. Pero aquel hombre era mucho más viejo. Se mantenía muy erguido, duramente empotrado a su edad, lo que hacía que su vejez pareciera más plena y más lejana.

—Venimos de visita —dijo mi compañero.

—Adelante —respondió el otro—, y sean bienvenidos.

Como la de mi guía, aquella voz albergaba un punto de cortesía distante cuyos acentos se desplazaban de sílaba en sílaba sin que el oído pudiera captarla claramente. Yo sólo oía que estaba ante unos forasteros benevolentes y solemnes. Era la bondad misma lo que los hacía tan extraños, casi inquietantes; y yo no comprendía nada de aquel hechizo noble en el que me habían atrapado y al que tan sólo podía ceder.

Entramos. Ante nosotros se abría una amplia avenida enlosada bajo la alta bóveda del denso follaje. Aquellos árboles, con sus hojas barnizadas, exageradamente rígidas y casi decorativas en sus nervaduras pulposas, los reconocí como magnolios, pero tan monstruosamente grandes, tan desproporcionados si los comparaba con las especies que hasta entonces había podido encontrar en otros lugares, que me costaba admitir lo que mis sentidos me presentaban como evidencia.

—Lo más sencillo —declaró mi guía— es seguir el orden de las cosas. Así pues, empezaremos por los semilleros.

—También es lo que está más cerca —opinó nuestro anfitrión.

En efecto, estábamos saliendo del anillo forestal que rodeaba las murallas. Una amplia explanada se ofrecía a nuestra vista. Presentaba el aspecto exacto de un campo de cultivos hortícolas, con el alineamiento preciso de los bancales y los senderos terrosos, rectos y desnudos, que llevaban todos al camino en que nos hallábamos nosotros y dividía el espacio en dos partes iguales.

—Acerquémonos —dijo el guía. Y esta vez me cogió por el codo con deferencia.

Primero tan sólo vi lechos de tierra cruda y gris.

—Esta parte acaba de ser sembrada. Sin duda, como es la primera vez que usted se halla en uno de nuestros dominios, no verá más que tierra. Pero dentro de unos días quedará sorprendido al ser capaz de reconocer a primera vista lo que oculta esta aparente uniformidad.

—¿Podré leer a través del suelo?

—Casi, pues estará en disposición de leer los signos superficiales.

—Pero más vale que pasemos al otro lado —propuso el anciano—; los primeros brotes asoman a la superficie y nuestro visitante se hará una idea más exacta.

Y de derecha a izquierda cruzamos la carretera por la que nos habíamos acercado. A partir de aquel instante nuestro itinerario tejió sus idas y venidas a ambas partes de este eje. Al otro lado el terreno era igual y, tal como había anunciado nuestro anfitrión, se empezaba a percibir algo. Era como el tímido apuntar de unos champiñones cuyo tamaño no superaba el de una de mis falanges y cuyos bulbos blancos al acercarse dibujaban sobre el fondo más oscuro del mantillo unas líneas regulares. Por un instante tuve la ilusión de contemplar, fabulosamente aumentada, una pieza de la tela en la que habían sido cortados los pantalones de mis compañeros.

—¿Lo ve? —me preguntó el guía.

—Lo veo —dije—, pero ¿qué es exactamente?

—Son pequeñas estatuas en estado naciente —me respondió el anciano.

Me volví hacia él, incrédulo. Entre sus facciones inmóviles se deslizó la expresión de una sonrisa orgullosa y cansada. Se agachó de repente, cogió entre el pulgar y el índice una pequeña masa blanca, la arrancó de la tierra y, después de quitarle la película pardusca que manchaba la parte honda, la depositó sobre la palma de mi mano.

—Tenga.

El objeto estuvo a punto de caérseme de la mano; su peso, sin relación con su volumen, y todavía menos con su aspecto de champiñón, me dejó atónito y tembloroso. Y mientras giraba aquello entre mis dedos, sentí que se propagaba por todo mi ser no sé qué desgarró terrible y lento, que se mezclaba con un temor retrospectivo. Si aquella cosita se me hubiese escapado de los dedos y hubiese ido a romperse a mis pies (pues, por muy notable que fuera su peso, el objeto no dejaba de dar una sensación de extrema fragilidad), habría sentido una pena notable. Dicha pena, como se verá, no me fue ahorrada. Durante todo el tiempo que estuve examinando aquella cosa, mis compañeros no dejaron de observarme. ¿Me estaban haciendo pasar un examen? ¿Querían comprobar que no se habían equivocado al juzgarme y que sin duda merecía el honor que me estaban haciendo? La insistencia casi fuera de lugar con la que el guía me había mirado fijamente aquella misma mañana ahora se iba elucidando lentamente en mi recuerdo.

—Se parece muchísimo a un champiñón —dije.

—Mire bien —insistió el viejo.

Fue entonces cuando lo vi. El objeto pareció escapar de repente a la forma somera a la que mi mirada lo había reducido en un primer momento. Al darle vueltas y vueltas a la luz del sol, veía aparecer unos reflejos que hacían nacer y desvanecerse en el espesor de la piedra mil esbozos demasiado fugaces para que tuviera tiempo de identificarlos. Y sin embargo cada figura, en el momento mismo de escapárseme, me dejaba la nostalgia de alguna familiaridad lejana y conmovedora.

También podía intuir que mi sensibilidad participaba de esa huida. La fiebre con que trataba de reconocer una imagen definitiva, unida a la fascinación que me impedía detenerme en un aspecto escogido y me llevaba a querer quedarme con todos, podía muy bien ser la causa parcial de aquella extrañeza. Pero lo que resultaba innegable es que el champiñón marmóreo que hacía girar entre mis dedos era un auténtico receptáculo de virtualidades.

—Permítame, señor.

Nuestro anfitrión tomó entre las manos la diminuta estatua.

—Es malo contemplarlas demasiado tiempo en este estado.

Y antes de que yo hubiese esbozado el menor gesto para retenerlo, la tiró sobre un montón de fragmentos en el que estalló como un cascabel de vidrio. Sentí una pena intensa, incluso en mi cuerpo, que se estremeció con un sobresalto casi como si la rotura se hubiese producido en mi pecho y no a unos pasos de mí, en un montón reluciente similar a una pirámide de sal. Me dio vergüenza haber dejado entrever aquel breve dolor, pero mis compañeros me miraban con respeto, como si fuera conveniente que hubiese sentido también aquello. Y la verdad es que yo ya empezaba a entender un poco el peligro que entrañaba dejarse emocionar por las estatuas nativas.

—Ya ve —constató simplemente el de más edad.

—Venga —encadenó el guía—, hay otros semilleros en los que podrá descubrir la evolución de las estatuas.

Y así, de lugar en lugar, pude examinar con toda tranquilidad estatuas en sus diversos estadios de desarrollo. De una etapa a otra los esbozos surgían, se desarrollaban, crecían, y podía divisar a lo lejos unas figuras monumentales, inmóviles y pensativas, erguidas en el límite de la explotación. Nos cruzábamos con hombres que empujaban carros cuyos cubos chirriaban bajo el peso.

—Una de las tareas más importantes y más duras consiste en trasplantar de un parterre a otro, espaciándolos, los pies de las estatuas a medida que van creciendo.

—Entonces, según la progresión, ¿necesitan un espacio cada vez mayor alrededor de cada estatua?

—Así es, pero no conservamos todos los plantones. Tenemos que destruir una parte en cada transporte, igual que nuestro decano acaba de hacer con ese pequeño brote que usted estaba mirando hace un momento.

Me volví hacia el anciano.

—Me parece un aspecto muy cruel de su tarea.

Él opinó:

—Sin duda, sin duda, pero siempre hay que elegir. Y hay que elegir bien, saber reconocer el esbozo que merece desarrollarse, el que nunca antes ha sido visto aún, la promesa de una obra maestra única. No es posible dejar que llegue a su término todo lo que nace y se esfuerza por crecer.

Yo permanecía pensativo.

—Añada a ello —prosiguió por su parte el guía— que estos fragmentos son necesarios. Son triturados una y otra vez hasta que quedan reducidos a un polvo de elementos ínfimos, se devuelven al suelo y sirven como reconstituyente. En algunos puntos su grano erosiona la estatua que está creciendo, ya la conforma...

—Precise usted, amigo mío —interrumpió el otro—, que alrededor de las estatuas que se alzan vemos aparecer poco a poco, sin duda por efecto del roce del objeto surgente con el empuje de la tierra, una especie de nebulosidades formadas por pequeñas esferas que sabemos que alimentan a la estatua durante su crecimiento. Incluso hemos podido observar el fenómeno muy de cerca; cuando la minúscula esfera ha alcanzado una perfecta redondez, empieza a vaciarse de su sustancia, que se incorpora a la estatua. Y así, ya muerta, no queda más que la piel de la piedra.

—Pero no crea que estos últimos residuos —añadió el guía— vayan a perderse. A su vez se desmigajan y constituyen el colorante de la tierra, como podrá comprobar si observa las parcelas que tenemos alrededor.

Eché una mirada circular. Mis ojos, que habían estado mucho tiempo fijos en unos detalles que requerían toda mi

atención, quedaron deslumbrados; era como si estuviéramos situados en el centro de la más extensa, variada y prodigiosa de las alfombras. Cada cuadrado de terreno, del ocre al marrón, del gris azulado al verde metálico, del marfileño al rosa claro, tenía su matiz de color, que prestaba a las formas que se desprendían de él.

—Sí —murmuró el mayor de los dos hombres—, las piedras son los ojos secretos del suelo. En ellas residen todas las formas y todos los colores que puede engendrar la tierra.

Todavía dimos algunos pasos más. Un grupo de hombres estaba trabajando entre estatuas jóvenes.

—¡Ah! —dijo mi guía—, acerquémonos; creo que eso le va a interesar.

Cuando estuvimos más cerca, me fijé en que los jardineros manejaban martillos y escoplos.

—Están procediendo a la talla. En cada etapa de su crecimiento, la estatua echa por todas partes unos brotes desordenados. Cada vez se replantea por completo la forma definitiva, aquella hacia la que se va desarrollando oscuramente. Por tanto, hay que retocarla sin cesar, confirmarla, y para ello separar a tiempo los miembros excedentes que amenazan con convertirla en algo del todo informe y monstruoso.

Y en aquel mismo instante yo estaba viendo a un jardinero que con un solo golpe aplicado en el lugar exacto separaba de un busto a la antigua un dedo extendido, un índice, al menos si hay que juzgar por su aspecto imperativo, que había empezado a crecer inoportunamente en la base de la nariz. Confieso que ante aquel dedo tan rígido, que el jardinero depositaba cuidadosamente en una cesta muy parecida a las que utilizan las mariscadoras en las costas marítimas, por un instante fui presa de una muy maliciosa asociación de ideas o, mejor dicho, de formas. ¿Podía surgir a veces de la oreja de un digno senador, o de algún otro magistrado de mármol, una forma obscena netamente caracterizada? No me atreví a preguntar a los que me guiaban. Pero para zanjar esta cuestión, puedo decir ahora que nunca, en las numerosas visitas que realicé posteriormente a

aquella región, volví a ver, como vi aquel día, producirse nada parecido. Es cierto que la figuración humana e incluso animal abundaba en toda su desnudez y en un perfecto rigor en cuanto a la anatomía. Y conociendo a los jardineros por haberlos frecuentado bastante, tengo por seguro que habrían considerado vergonzosa, mucho más que las zonas que ordinariamente son calificadas de tales, la acción de disimular mediante artificios ciertas partes del cuerpo en las estatuas que venían desnudas. Sea como fuere, jamás vi asomar el sexo allí donde no se lo espera, sino al contrario, siempre en su justo lugar, como si fuera realmente la cosa más normal, más necesaria, más ineluctable; mientras que por todas las demás zonas pululaban las formas más inoportunas según un caprichoso azar.

—Pero ¿en qué momento se da por definitiva la forma de la estatua? —pregunté yo entonces—. Pues puede adquirir muchos aspectos y, para determinar una figura regular, se requiere sin duda una intervención prematura.

Y señalé una increíble maraña de miembros ante nuestros ojos.

—Y si eso es así, el jardinero debe ser un fino observador para recuperar la forma perdida cuando queda recubierta por tan considerable profusión de excrecencias.

El guía me sonrió.

—Pues no es precisamente así como trabajamos. ¿Acaso no le he dicho que la estatua se replanteaba de pies a cabeza a cada etapa de su crecimiento? Me doy cuenta de que no he sido lo bastante preciso. Le diré lo que ocurre exactamente. Desde el primer trasplante, cuando las estatuas han alcanzado un estado un poco más evolucionado que el germen que usted ha contemplado en primer lugar, presentan ya bosquejos de formas. Es entonces cuando se procede a un primer tallado. Los jardineros precisan la forma que creen ver en esbozo. Cada uno, herramientas en mano, desbasta algunos brotes, y nunca trabajan dos en la misma estatua. En el transcurso del siguiente trasplante, se repite la misma operación, pero el jardinero escoge al azar las estatuas que talla. E incluso si, siempre por

efecto tan sólo del azar, el mismo hombre se encontrara dos veces con la misma estatua, en el tiempo que mediaba entre ambos encuentros se habría dedicado ya a otros muchos trabajos, mientras que la piedra por su parte podría haber cambiado totalmente de aspecto. La inspiración del hombre toma cada vez un nuevo impulso, en tanto que la estatua puede alterar completamente el sentido de su evolución.

—Un día —nos contó el anciano— me entretuve marcando un brote. Yo no participaba en la talla de dicho brote, pero dedicaba todo mi esmero a su trasplante. Así pude ver cómo lo que en un primer momento se perfilaba como la estatua ecuestre de algún general, finalmente culminó en la figuración de una ninfa con el cuerpo muellemente apoyado en una urna, sobre la que reposaba su brazo. Le dejo a usted el cuidado de imaginar la prodigiosa serie de metamorfosis que hay que atravesar para pasar de una estatua militar, y no digamos ya ecuestre, a un cuerpo de mujer embebido todo él de calma y voluptuosidad.

Meneó la cabeza.

—A decir verdad, la piedra inicial es un huevo que atesora un número infinito de posibilidades.

—Y sin embargo —precisaba el guía—, hay que aceptar cierta continuidad de temperamento entre los jardineros, cosa que hace que cada dominio esté marcado por un estilo tan particular que las estatuas que salen de él no pueden confundirse con las de ningún otro.

—Esto debe ser así —insistió el otro—, pues por su parte la piedra, como todos sabemos, busca su forma ciegamente. Todos tenemos la sensación de que nos hace ofrenda de sus virtualidades; nuestra misión consiste en mostrarnos dignos de ella.

Yo empezaba a discernir oscuramente un vínculo necesario entre una moral sin duda austera, que las últimas explicaciones que acababan de darme me permitían adivinar, y la orgullosa exigencia de mantener abierto y libre el campo de lo posible. Pero como me era dado contemplar aquellas ideas de



algún modo en estado concreto, e incluso palpable, no me demoraba más de la cuenta en mis especulaciones.

—¿Por qué conservan ustedes tan cuidadosamente —pregunté— ciertos pedazos que veo que los jardineros depositan en esas cestas? Todo eso ¿no está destinado a ser triturado para preparar el mantillo del que me ha hablado?

—Comete usted un error —me dijo el guía—. Sólo trituramos por completo los plantones de estatua a los que hemos renunciado definitivamente. Lo que ve usted aquí son nuestros esquejes, pues hay que prever nuevos plantones de estatua. Una larga tradición nos ha enseñado que lo que mejor se presta a la reproducción de las estatuas son ciertas partes de dimensiones modestas que llegan a un estado de finalización perfecto, aunque sin poder permanecer unidas a la forma del conjunto, con la que no armonizan. Cuanto más pequeñas sean estas partes, cuanto más completa sea su forma, mejor será el plantón. De este modo, ahora puede usted ver a nuestros jardineros recuperando todas esas orejas, todos esos dedos de manos o de pies, esas narices, incluso esos pezones; los depositan en los cestos que tienen a sus pies. Muy pronto los trasladarán a los invernaderos, donde se procederá a una selección a fin de conservar tan sólo los mejores elementos. Éstos serán plantados en macetas durante algunas semanas en la oscuridad. Allí perderán su carácter particular para adquirir uniformemente esa apariencia de champiñón que ha podido usted observar.

—Es así como a partir de cualquier fragmento se puede reconstruir una estatua completa —añadió el anciano—. La forma del pedazo inicial no determina en modo alguno, como tampoco lo hace el emplazamiento en el que fue recolectado, la evolución o la forma definitiva de la nueva estatua a la que dará nacimiento.

Los jardineros, ahora que ya habían terminado de tallar todas las figuras del parterre, sacaban de grandes cubos de madera unos retazos de tela húmeda y los aplicaban a los puntos que acababan de ser tallados, aunque me pareció que no se

podía apreciar la menor huella en la piedra. Pregunté qué era aquella nueva operación.

—Es una precaución necesaria —me explicó el guía—. Si no procediéramos así, correríamos el riesgo de ver la estatua, unas semanas después de su término, afectada por una irremediable lepra.

—Extraña enfermedad la de la piedra —añadió nuestro anfitrión—. Primero no es más que un único punto, una traza azulada como una ligera roncha, minúscula y todavía bastante indistinta, que poco a poco se extiende y se ahonda siguiendo una progresión geométrica; finalmente, forma un cráter del que mana un polvo estéril, y no deja de la estatua más que una piel rugosa, que se desprende. Sólo entonces la piedra está realmente muerta.

—Y el mal es incurable. Cuando la enfermedad sólo era superficial, intentamos rascar la parte enferma, esculpir una nueva escultura de dimensiones menores en el interior de la antigua. Ensayamos la amputación. Incluso tratamos de extraer de las partes aún aparentemente sanas pequeñas estatuillas. Todo fue inútil, tarde o temprano, en el más pequeño fragmento, la lepra reaparece y lleva a cabo su tarea mortal.

—Y la enfermedad es contagiosa, se propaga a las estatuas cercanas. Puede destruir una explotación entera si no se toman precauciones inmediatamente. En cuanto una estatua está afectada, hay que cargarla en un camión, cubrirla de hojas y evacuarla cuanto antes hacia el término que le asigna el destino. Es un largo viaje hacia la periferia del país, a la sima. Allí tenemos un establecimiento.

El anciano se quedó callado un momento. Miraba pensativo la tierra, sin verla. Yo me volví hacia el guía para pedirle algunos detalles suplementarios relativos a la triste empresa que me acababan de explicar. Él permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, aparentemente sumido en el recogimiento. No me atreví a distraerlo.

Siguiendo el ejemplo de los dos hombres que me acompañaban, yo me mantenía en silencio, pensando para mí en

lo que acababa de saber, imaginando aquel lugar que yo me figuraba desolado, alejado de todos los trabajos humanos, en el límite del país: una sima. Alrededor de esta imagen, mi pensamiento se remolinaba como un pecio. La voz del viejo jardinero me sacó de aquella ensoñación en la que me iba sumiendo.

—Creo que deberíamos proporcionar a nuestro visitante algunas precisiones sobre la sima —dijo el anciano a mi guía—. Además, la mañana toca a su fin; deberíamos ir pensando en comer algo. Proseguiremos la visita más tarde, después del almuerzo.

Debió de adivinar que me disponía a despedirme y se apresuró a decir:

—Por supuesto, está usted invitado.

Y sonriendo con la más exquisita cortesía, prosiguió:

—Le debemos algunas explicaciones; en el camino que nos queda por recorrer hasta llegar a casa tendremos el tiempo necesario para dárselas.

Mientras le daba las gracias, nos pusimos en marcha y el guía tomó de nuevo la palabra.

—Tal como sin duda habrá adivinado por nuestro proceder, con la enfermedad de las estatuas llegamos a uno de los puntos centrales de los ritos que tenemos establecidos en nuestro país. Creo que la manera más sencilla para que pueda hacerse una idea de ellos es proponerle una descripción lo más exacta posible.

—Querrá decir —corrigió el viejo jardinero— en la medida en que nos es posible describir nuestras prácticas.

—Exacto.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—Supongamos, pues, que un jardinero ha perdido la situación exacta de una talla, ya sea porque se ha olvidado de ponerle una venda, o bien porque el vendaje no ha cumplido con su cometido; todos estos casos pueden darse, cosa que nos deja sumidos en una gran incertidumbre, de modo que todos los que trabajan en una explotación se ven afligidos igualmente

por la desgracia, sin que ninguno de ellos pueda ser señalado como su responsable concreto.

—Discúlpeme —dije yo—, pero ¿en qué consisten esos vendajes?

Percibí una ligera vacilación en los dos hombres. Acabó por hablar el de más edad:

—El tejido, como todos los tejidos, por cierto, procede de las mujeres. Incluso tenemos por costumbre designarlo como «tela de mujeres». En cuanto al líquido con el que están impregnadas las vendas, se trata del agua más pura que pueda encontrarse: simple agua de lluvia recogida en el centro de la casa gracias a un aljibe que almacena el agua que cae del tejado. En dicho lugar, que enseguida le mostraré, el tejado está acondicionado para tal efecto.

Me habría gustado mucho preguntarles por el papel de las mujeres en el cultivo de las estatuas, pero por el momento no parecían deseosos de hablarme de ello y mi guía ya proseguía su explicación:

—Imaginemos pues que, durante una talla, la citada protección resulta ser ineficaz. Tarde o temprano tendremos una estatua enferma. La enfermedad no aparece hasta que la estatua está terminada, y afortunadamente sólo entonces es contagiosa. Cuando uno de los jardineros que trabajan en ese momento en las estatuas que han alcanzado la última fase de maduración descubre en una de ellas una mancha sospechosa, debe avisar inmediatamente al decano de la morada.

—En este dominio el decano soy yo —precisó el más anciano de los dos hombres—. Cuando me avisan de que el mal ha aparecido en nuestra tierra, inmediatamente tengo que organizar a todos los jardineros en dos equipos. El primero, más numeroso, tiene por misión desplazar todas las estatuas de los antepasados que se encuentran en la morada. Bajo mi dirección, los trabajadores cargan dichas estatuas en carros; cruzamos el dominio a toda prisa y alineamos las estatuas a lo largo del muro que la limita, en la parte exterior, sobre la acera, a ambas partes de la puerta de entrada. Por ese signo nuestros

vecinos conocen la desgracia que nos afecta. Hecho esto, nos retiramos a la morada. Empieza para nosotros un período de ayuno y silencio que durará hasta después del regreso del otro equipo.

—El segundo grupo de hombres, mientras tanto, carga la estatua enferma en un camión. Previamente la han cubierto por completo con hojas recién cortadas. Cruzan el dominio, pasan por la puerta que el equipo anterior ha dejado abierta y se dirigen lo más deprisa posible hacia la sima. Harán falta varios días y muchas fatigas para llegar a ella. Una vez allí, precipitan la estatua a las profundidades de la tierra. Permanecen mucho tiempo inmóviles, jadeando al borde de la sima, oyendo todavía dentro de sí mismos el eco de la estatua rebotando de un saliente de la cueva a otro, estallando sobre las rocas y rompiendo contra las piedras del fondo. Nadie sabe a qué profundidad acaban desintegrándose los miembros dispersos de la estatua. Después de eso, hay que quemar el camión.

Supe por boca del decano la continuación de la ceremonia, que se desarrolla bajo la autoridad del guardián. Conocí la espera de los jardineros y portadores, como si fuera una ofrenda de sus fatigas y su duelo, impregnándose de pena, ordenados en fila frente a la morada esperando ser reconocidos, la construcción de la pira al borde de la sima, el camión sobre el montón de troncos, las altas llamas que desgarran crepitando un lento crepúsculo, la pista de las cenizas donde el viento de la noche creciente enrolla pálidas mechas, las abluciones de los hombres en el lavadero donde el agua de los montes corre sobre las losas de pizarra, la purificación de los bueyes que el guardián, que descende con ellos a la pila, rocía ritualmente, el sueño de los animales y las personas en la paja, la noche plena.

—Entonces, cuando se han cumplido todas estas tareas y todos están dormidos, el guardián, en medio de la oscuridad más completa, vuelve a acercarse a la sima y barre las cenizas frías hacia el abismo. De vez en cuando encuentra alguna pieza metálica que se ha desprendido de los montantes carbonizados

del carro y yace desnuda entre el polvo impalpable. Arrastrado por las ramas de la escoba, el objeto ha teñido la piedra del suelo y el guarda lo agarra a tientas, aún tibio, con la palma de la mano. Lo recupera. Ahora es su bien. Estos hallazgos constituyen la materia prima de su pequeña metalurgia.

Interrumpí al anciano. No sé por qué, el personaje del guardián, al que imaginaba bordeando la sima en el límite de este mundo de armonía, me fascinaba.

—Así pues, ¿es herrero?

—No, ése no es exactamente el término apropiado. Tenga en cuenta que no fabrica nada útil. Cada dominio posee su forja, en la que se trabaja según las necesidades del metal importado. El guardián también trabaja el metal, si se puede llamar a eso trabajar; también él hace estatuas. Pero es una práctica de algún modo contraria a la de la de los jardineros. Nosotros, las estatuas, las cultivamos. Las cuidamos en plena tierra, las ayudamos a madurar, a desarrollarse, a devenir. Mientras que él, en un metal anónimo y que ya no está destinado a nada, imprime con su fuerza las imágenes de su capricho. Es una tarea de solitarios.

—¿Lo considera despreciable?

—¿Despreciable? ¡Oh, no! —exclamó él—, no es eso lo que he pretendido darle a entender. Pero es muy difícil hablar de ello. Sus estatuas son opuestas en todo a aquellas a las que nosotros consagramos nuestra vida. Nos resultan ajenas, así como aquel que las hace. Nos inquietan. Pero en modo alguno las despreciamos. Al contrario, para nosotros tienen un gran valor. Más allá de cualquier valor mercantil.

—Y sin embargo se prestan a intercambios —apuntó el guía—. Mire usted, en este país cada dominio vive según una economía cerrada. Los intercambios comerciales se realizan con el extranjero. Aparte de eso, cada dominio se basta a sí mismo. No es necesario hacer circular ninguna mercancía de uno a otro, y por consiguiente ninguna moneda. Tan sólo las estatuas de metal pasan de un dominio a otro. Puede darse que uno haga un favor a otro, que uno establezca una alianza o

contraiga una deuda de honor, que se quiera celebrar una gran amistad, compensar una pérdida particularmente cruel que aflige a los vecinos. En tales ocasiones tiene lugar el don de una estatua de hierro, y nadie puede rechazar ese don. Honra al conjunto de la morada que lo recibe. Pero los que lo reciben se encuentran por ello en deuda con sus donantes. Un día u otro, aunque puede tardar varias generaciones, devolverán una estatua de metal a cambio de la que han recibido. En el transcurso de los siglos, este sistema ha tejido unas cadenas de relaciones cuyos eslabones los constituyen las obras del guardián.

—¡Cómo íbamos a despreciarlo, si está en el origen de lo más oscuro y tenaz que hay en nuestra participación en la comunidad que formamos!

—No me ha explicado —apunté— cómo termina la peregrinación a la sima.

—Al amanecer, el guardián que ha estado velando toda la noche, después de haber dispersado las cenizas de la pira, va a despertar a los jardineros. Lleva a los hombres y los animales hasta el lugar de la hoguera. Todos pueden comprobar que no queda ni el menor rastro. Por el contrario, en la pálida madrugada, los hombres pueden ver por encima de la sima, llevadas por torbellinos de aire, grandes cantidades de cenizas que no todavía no han quedado depositadas. Todo el mundo mira esas formas indistintas, esas danzas de huellas vagas sobre el fondo blanco de la madrugada. Cuando todos han obtenido su provecho, se ponen en marcha llevando las bestias por el cabestro. Dejan al guardián solo al borde del vacío. Durante el camino, cada uno recapacita sobre lo que ha visto flotar en las turbulencias del aire por encima de la sima. De vuelta al dominio, aquellos hombres se encierran en la casa de los muertos, que queda aislada detrás de la morada. Allí elaboran en común el relato que les ha sugerido la evolución de las cenizas. Cuando finalmente se han puesto de acuerdo, empieza una fiesta en el transcurso de la cual se cuenta el relato a todos. Con gran pompa y entre manifestaciones de exuberante alegría se vuelven a guardar las estatuas de los antepasados. Entonces, se da

por terminado el período ritual. La desgracia ha sido conjurada.

Me habría gustado hablar más del guardián, pero estábamos cruzando el umbral. La arquitectura de la morada era muy parecida en cuanto a estilo a la del albergue donde me alojaba, con la diferencia de que aquí la gente vivía en vez de aburrirse esperando. En todas partes la piedra estaba a la vista, desde las losas que pisaba hasta las bóvedas de medio cañón que había por encima de mi cabeza. También tenían arcos las ventanas y las puertas más bien bajas y pesadas, con un no sé qué de ansioso, como si defendieran una guarida. Pasar bajo el pesado arco agachando la cabeza te daba la sensación de que estabas penetrando en el corazón de la vivienda. A lo largo de las paredes del vestíbulo y adosadas a él estaban alineadas unas estatuas que parecían sostener el edificio. Todas representaban hombres en una postura algo rígida y hierática. Me volví hacia mi anfitrión mientras éste me llevaba hacia la mesa de la gran sala en la que se tomaban las comidas.

—Éstas serán sin duda las estatuas de los antepasados a las que se ha referido hace un momento, al describirme el ritual.

—En efecto —me dijo, designándome un lugar a su derecha.

A su izquierda se sentó el guía. Estábamos en el extremo de la mesa. Ahora, los jardineros se iban sentando uno tras otro como si hubieran estado esperando que el decano ocupara su lugar. Éste tendió la mano hacia una botella. Vertió vino en mi vaso, en el del guía, se sirvió a sí mismo y levantó el vaso. Las fuentes que estaban dispuestas sobre la mesa empezaron a circular. Se entablaron conversaciones. Entonces el decano se inclinó hacia mí.

—Sí, las estatuas de los antepasados, ésta es otra costumbre que tenemos que describirle.

Y añadió con un tono casi de excusa:

—Es que no es fácil describir rigurosamente el mundo en que vivimos y que en cambio conocemos tan bien, ¿cómo decirlo?, con todo nuestro cuerpo. Todo se encadena, pero formando estrellas y no según el hilo de las frases.



Se quedó un momento como soñando, y después prosiguió:

—Esas estatuas que se exponen fuera del dominio cuando se declara una enfermedad de la piedra sólo salen de la morada en esta única circunstancia. En caso contrario, están siempre aquí. Ahora debo decirle lo que son. El azar, o no se sabe qué signo sorprendente, hace que, de vez en cuando, y no más de una vez por generación, entre las estatuas que cultivamos aparezca una que se asemeja a uno de nosotros, generalmente muerto poco antes. Su recuerdo permanece vivo en el corazón de sus compañeros, y tal vez ello tenga algo que ver con la evolución de la estatua. El tallado, en este caso, ¿viene más determinado que en otros casos por la plegaria y los deseos de los hombres? Ésta es una pregunta a la que no podemos responder, a la que no deseamos responder. Y qué importa. La tierra nos devuelve la imagen de uno de los nuestros a quien acabamos de perder y ése es un acontecimiento extraordinario que nos colma a la vez de alegría y pena. Hacemos los esfuerzos más sinceros para no tratar a esta estatua particular con más miramiento que a las demás. Pero en fin, está ahí y, mientras crece, no nos es posible tener otras preocupaciones. El ausente cuya figura va adoptando pronto ocupa todos nuestros pensamientos, todas nuestras conversaciones. Al mismo ritmo que la estatua se va elevando desde el suelo, el recuerdo del hombre, en cada uno de nosotros, se va desarrollando, se dilata, como para hacerse más legible. Nos parece captar, como no habíamos podido hacerlo en vida de él, su verdad particular y excepcional. Cuando estaba aquí, no era sino uno más entre nosotros, mientras que con su estatua lo descubrimos liberado y como lavado del ambiente en el que se confundía hasta entonces, como ciertas mariposas se desvanecen en la corteza sobre la que se han posado. Nos aparece por fin tan real e impenetrable como la piedra de su efigie. Y a través de él captamos una modesta parte de lo que él es en cada uno de nosotros, como si, desprendido de nuestra comunidad en la que había permanecido hundido hasta su muerte, se pusiera

a reflejarnos a todos y a cada uno en particular a través de su máscara pétrea. Por lo demás, cuando hablo de parecido no debe usted representarse que la estatua es el fiel retrato del difunto. Ya debe de haber observado que las que guardamos en nuestra morada tienen esa rigidez un poco sonámbula que les presta cierto arcaísmo. Algunas de ellas son muy antiguas, eso es cierto, pero las más recientes comparten dicho carácter. Estas estatuas no representan al difunto, lo evocan. Pero con una fuerza irresistible que hace que todos los que lo conocieron lo reconozcan en la piedra y lo nombren. La aparición de una estatua así constituye un gran acontecimiento. Un acontecimiento inolvidable.

Estuvimos un rato comiendo y bebiendo en silencio, cosa que, después de todo, es una forma más de recogimiento. Pero había algo en lo que me había dicho el anciano que me preocupaba sin que pudiese saber exactamente de qué se trataba. Fue al ofrecermela la ensaladera, con las manos formando una copa alrededor del cuenco, aquellas manos pesadas y meticulosas, cuando caí en la cuenta.

—Cuando usted me explicó que las estatuas se parecían a un muerto, no sé si le entendí mal, pero me pareció comprender que éste no era necesariamente el caso. ¿Equivale a decir que a veces aparece una estatua que se parece a un vivo?

—Puede darse el caso, por desgracia. Y es una auténtica tragedia. Una estatua surge poco a poco de la tierra, y nosotros reconocemos en ella a uno de los nuestros. Puede ocurrir que él mismo esté entre los primeros en percibir esta semejanza, esta llamada, esta intimación de la tierra. Nadie puede hacer nada en ese sentido. La estatua está ahí. Crece. Y todos pueden verla. Lo único que cabe hacer es tratarla como a las demás. Pero ésa no es una estatua cualquiera. Nos remite de modo irrevocable a un hombre con el que nos codeamos todos los días. Sea cual sea la conducta que adoptemos con él, el resultado será el mismo. Él se ha distinguido sin querer de la comunidad de sus compañeros. Por más que no digamos nada particular de él, por más que hagamos todo lo posible

para comportarnos con él como anteriormente, pronto no podemos ya dejar de pensar en él. Le concedemos, contra nuestra voluntad, una importancia que lo aplasta. Una especie de gloria terrible que ningún hombre quisiera para sí. Porque ¿qué hombre querría enfrentarse con su propia efigie muda que de repente se yergue ante él, en medio de la comunidad de los hombres?

El guía, que hasta entonces había estado comiendo en silencio, pero prestando una extrema atención a las palabras del decano, lo interrumpió:

—¿Es del todo justo decir las cosas así?

El decano le plantó cara bruscamente. Los dos hombres permanecieron largo rato mirándose en silencio. Yo podía mirarlos de perfil con toda tranquilidad. No había la menor traza de violencia ni de desafío en su expresión. Más bien hacían pensar en dos hombres separados por una extrañeza que ambos se preguntan cómo captar.

—Ya he dado a entender que nada de lo que se pueda decir es completamente exacto —suspiró finalmente el más anciano—, pero siempre podemos intentar acercarnos. Intuyo lo que querría evocar. Más vale que lo diga usted mismo.

Y de nuevo se volvió hacia mí.

—Desde luego —me dijo el guía—, hay en la aparición de una estatua así una especie de venganza del destino, o del azar. Sin embargo, si quiero ser veraz, diría que no hay ni un jardinero que en algún momento u otro de su vida no haya deseado tener esa suerte.

Se calló por un momento, tal vez pensando que el decano iba a protestar. Pero el viejo permaneció impasible, como si estuviera esperando la continuación. Mi guía vaciló, como si sus propias palabras lo incomodasen, y después decidió seguir adelante:

—Todos nosotros nos hemos forjado una representación que debe ser más o menos ajustada del drama que supondría tener que enfrentarnos a nuestra estatua, si viniera de repente a nuestro encuentro aunque permaneciera inmóvil, con

nuestros rasgos esbozados con una fidelidad incierta, mientras la vida todavía nos agita. Pero nosotros deseamos este encuentro. Algunos sólo conocen esa inquietud por unos instantes, a otros los obsesiona durante toda su vida, y nadie puede jactarse de estar totalmente exento de ella. Podemos pensar que es el miedo lo que nos hace caer en una fascinación morbosa. Los hombres, cuando temen la desgracia, acaban por anhelar que sobrevenga y ponga fin a su espera, pues estiman, con justa razón, que lo peor es preferible a las vanas representaciones que los acosan sin tregua. Todo esto es muy verosímil. Pero no deja de ser todavía demasiado sencillo o demasiado sutil. Pues en definitiva se trata de un sentimiento más tenaz. Todos nosotros sabemos que nadie ha superado jamás el obstáculo de su propia estatua. Sabemos que eso es imposible. Dicha imposibilidad no se ha demostrado, por supuesto, pero es real, tan presente como nuestra propia piel. Y percibimos que la debemos afrontar. Así, cabría decir que todo jardinero vive con la desesperante esperanza de desafiar algún día a su estatua. Por eso, muchas veces, ese desdichado es el primero que se reconoce en la piedra que nace a una forma, y es tal vez la mirada celosa que lanza sobre los que mondan la estatua, *su* estatua, lo que pone en alerta a los demás hombres.

—Incluso conocimos a uno —dijo el decano— que creía reconocerse en casi cada estatua que nacía en el dominio.

Los dos hombres se echaron a reír de buena gana intercambiando miradas cómplices.

—El infeliz murió casi centenario sin haber visto materializada su obsesión —precisó mi guía. Y añadió—: Después de todo, tampoco es que sea una mala vida.

El decano, que había recuperado la calma, acabó de ponerme al corriente de aquella singular costumbre.

—En general, ningún hombre resiste a su estatua. Digo en general, porque usted podría pedirme más precisiones. Tal vez algunos pocos individuos lo lograron, si es que aquí cabe hablar de logro...

—Desde luego que sí —dijo riendo el guía.

—Tal vez algunos han conseguido escapar a la maldición de su estatua. No se puede afirmar nada sobre ese punto, puesto que para escapar al destino que les imponía su estatua tenían que sustraerse a la gloria que les ofrecía, y por ello mismo a cualquier tradición. ¿Qué podríamos decir sin profanación de aquellos que han ganado el olvido, sino que nada, absolutamente nada, permite afirmar siquiera que hayan existido? Pero por lo general, cuando se produce esta infrecuente coincidencia, el hombre se marchita al ritmo del desarrollo de la estatua. Llega un momento en que ya no puede ejercer su tarea de jardinero. Su estatua lo aplasta; se debate y no controla sus gestos. Solicita una entrevista con el decano y obtiene permiso para retirarse a la casa de los muertos, donde agoniza lentamente en una especie de consunción, a pesar de los cuidados de que es objeto.

—Pero su estatua ocupa un lugar entre las estatuas de los antepasados de la morada. Y todos sabemos hasta qué punto un hombre así ha sido ejemplar en su combate e incluso en su derrota.

Mientras se desarrollaba toda esta explicación, la comida había seguido su curso. Ahora estaba tocando a su fin. Los fruteros y los frascos de licor opacos y panzudos seguían circulando, pero la mayor parte de los hombres habían apartado los cubiertos y se apoyaban en su asiento para charlar o echar una cabezada durante la hora de la siesta. Es el momento, creo, de hacer una observación sobre el comportamiento que se sigue en los jardines estatuarios en relación con los forasteros. Pues dicho comportamiento me pareció poco común y muy agradable. Para decirlo en una palabra, aquí todo está hecho para respetar en el forastero el derecho de serlo; e incluso se le da la oportunidad de abolir según su voluntad y criterio la distancia que necesariamente lo distingue. Nadie se atrevería a mostrarse hostil. A decir verdad, no conozco país en el que los hombres muestren más urbanidad. Incluso se esfuerzan, y ello es el signo de una antiquísima civilización, en evitar a aquel que viene de visita el peligro de cometer por ignorancia

cualquier torpeza. Por otro lado, se cuidan de no abalanzarse sobre él para someterlo a asfixiantes e injustificadas muestras de aprecio. Se mantienen alejados de cualquier demostración intempestiva. Y evitan aún más rebajarse a menospreciar lo que son para lisonjear con todas sus fuerzas al desconocido. En resumen, el respeto preside todos los encuentros. Así, durante aquella comida, la primera que tomaba entre los jardineros, ninguna de las personas que tenía a mi lado trató de imponerme una de esas conversaciones que resultan tan prolijas como vanas. El decano ni siquiera tuvo la idea de presentarme a los demás comensales. ¿Qué habría ganado yo con conocer el nombre de unos cuarenta hombres que no iba a ver más que durante unos instantes, más que el riesgo de confundirlos y resultar así descortés? Y no por ello me veía menospreciado. Si mi mirada se cruzaba con la de algún comensal, podía percibir con toda claridad que yo era bien recibido. Las conversaciones que se mantenían no eran ostentosas ni secretas. Cada cual, si lo deseaba, podía entrar en el debate. Si nadie lo hizo fue, supongo, porque nadie tenía nada que decirme más que lo que ya estaba oyendo. Y me fijé que en varias ocasiones un tema evocado por un interlocutor mío era retomado más allá, circulaba libremente a través de la mesa, se convertía en centro de una discusión en algún lugar alejado, sin que ello provocara incomodidad ni se hiciera por obligación.

—¿Está cansado? —me preguntó el decano al verme pensativo.

Le aseguré, dándole las gracias, que me encontraba perfectamente.

—¿Cómo podría ser de otro modo —pregunté—, si en toda la mañana no he tenido que hacer más esfuerzo que el de un paseo tranquilo e instructivo?

—Se lo preguntaba porque en esta hora cálida del día, los jardineros se conceden un reposo antes de volver al trabajo. Podríamos aprovechar este momento para enseñarle la morada.

Y como yo le diera mi asentimiento con entusiasmo, nos levantamos los tres.

En realidad, poco hay que decir sobre la visita que siguió. Conocí sobre todo las habitaciones de gala, muy semejantes a aquella en la que habíamos comido y que eran propias de esta morada, que era muy opulenta. Me detuve a mirar estatuas de antepasados. Me contaron el destino de algunos de ellos. Así, el de uno que murió demasiado joven para haberse reconocido, o de aquel otro que quiso ayudar a mover su estatua, y ésta lo aplastó al caer del carro; la piedra todavía se veía mellada. Pero aquellos relatos me fueron narrados de forma sucinta.

—Es que estas historias —me explicó mi guía— pertenecen tradicionalmente a la literatura de nuestro país. No está bien contarlas de viva voz.

—¿Quebrantaría una ley, en tal caso?

—No, una ley propiamente, no. Lo que nos retiene es más bien una especie de incomodidad que me costaría mucho explicar. Todo lo que puedo decir sobre esto es que lo que está escrito se presta poco a la palabra. Lo contrario es igualmente cierto. Pero tendré que darle a conocer algunos de nuestros libros para que pueda completar lo que está viendo ahora mismo.

Una vez más se confirmaban las afirmaciones repetidas por el decano: no podían decírmelo todo. Llegué incluso a presentir que debería descubrir por mi cuenta una parte de aquel mundo que en cambio parecía ofrecerse sin reticencia. Aquella idea adquirió aún más fuerza en mí cuando llegamos al límite del porche alrededor del cual se ordenaba la morada. Era un amplio estanque cuadrangular rodeado de una galería bajo la cual se abrían los apartamentos. En la penumbra, como monjes en un claustro, deambulaban grupos de jardineros. Cerca del estanque estaban ordenados unos cuantos cubos de los que había visto usar para el vendaje de las estatuas. Una vez más, como a la hora de la comida, me sorprendió la ausencia de mujeres. Mientras el decano me explicaba cómo se recogía el agua para el uso que me había comentado, me fijé en que evitaba hacer la menor mención a los lienzos de vendaje. Sin embargo, había allí, a fin de cuentas, una especie de misterio que, presentía, no me dejaría descansar.

*Los jardines estatuarios* es una de las novelas francesas contemporáneas más enigmáticas y fascinantes, y ya ha alcanzado en su país el estatus de obra de culto.

Un viajero llega a la región de los jardines estatuarios, donde la mayoría de los habitantes son jardineros que cultivan estatuas en lugar de plantas. El viajero poco a poco va aprendiendo las costumbres de este extraño lugar, el modo en que cultivan las estatuas, cómo las ayudan a nacer, cómo las podan, y cómo las curan o las matan cuando enferman, y anota todas sus observaciones en un cuaderno. Si bien al principio cree haber encontrado una civilización ideal, una especie de paraíso perdido, pronto se da cuenta de que falta algo: no se ven mujeres por ninguna parte y nadie quiere hablar de ellas. Poco a poco, el viajero conoce las partes oscuras de esta cultura decadente, dominada por férreas y arcaicas tradiciones: la desigualdad, la injusticia, la pobreza..., y oye hablar de una región situada al norte, donde un príncipe nómada, un antiguo jardinero que renegó de sus orígenes, ha creado una nueva sociedad de guerreros salvajes. El viajero se entrevista con el príncipe y descubre que éste prepara la guerra contra la región de los jardines estatuarios: una ola de destrucción amenaza con borrar del mapa, y de la historia misma, el antiguo legado de los jardineros.

En *Los jardines estatuarios*, Jacques Abeille ha creado un mundo fantástico-filosófico donde el lector verá reflejados, de una manera hermosamente deforme, algunos de los anhelos y temores más secretos que vertebran la existencia humana en sociedad tal y como la conocemos hoy en día.

«Una de las obras más importantes de la literatura francesa contemporánea».  
*Le Monde*

«Abeille es quizás el escritor más original y de mayor peso que hemos descubierto en Francia últimamente».

*Le Figaro*

